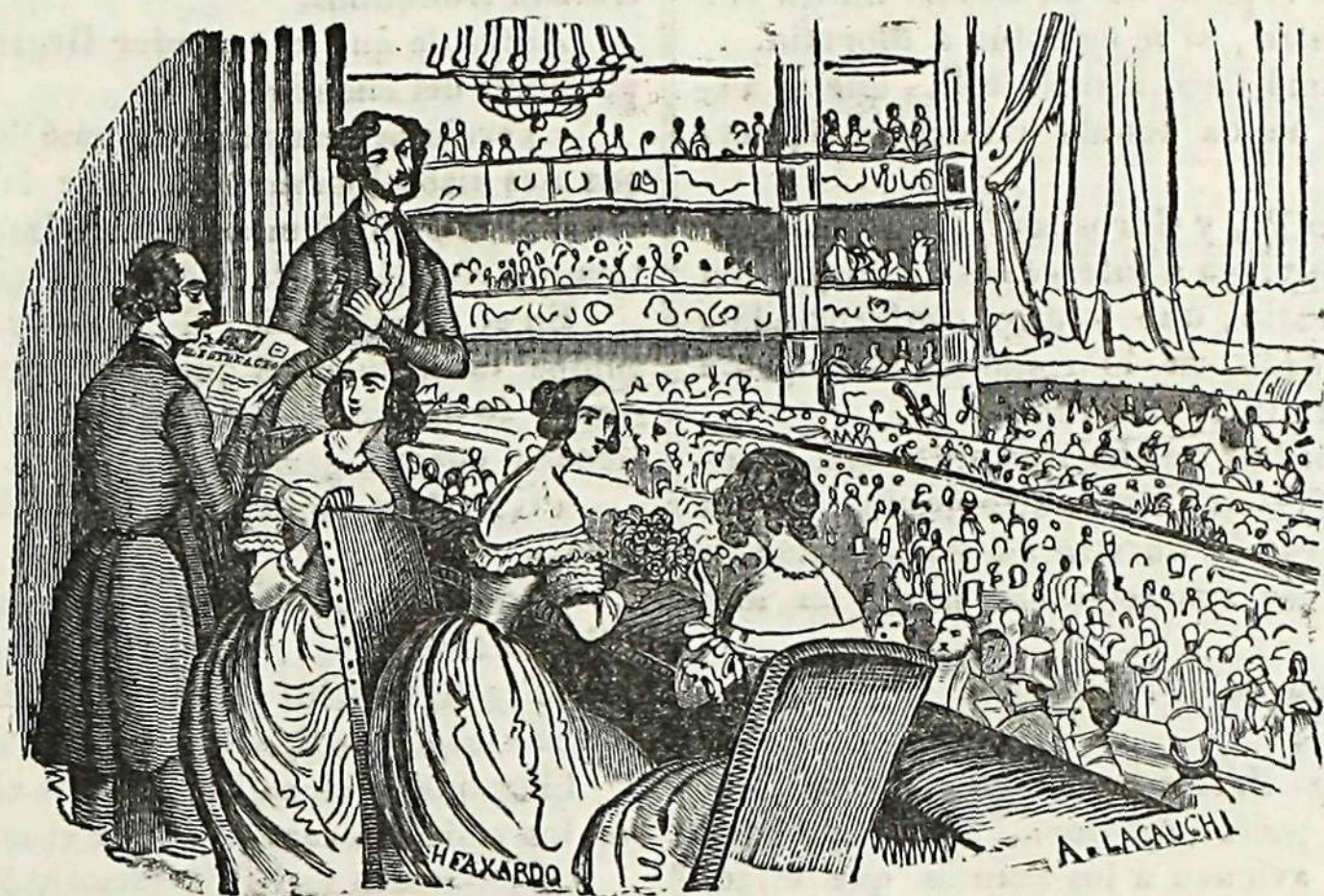


Esta publicacion consta de ocho ó nueve números, un suplemento al menos, una excelente lámina y un drama nuevo al mes, por 8 rs., 20 por trimestre, y para las provincias 28, franco de porte.

Se suscribe en Madrid en la Redaccion, Carrera de San Gerónimo, número 48, y en la librería de Rios, calle de Carretas, frente á la Imprenta Nacional.

En las provincias, en las administraciones de Correos, y principales librerías.



Tomarán parte en la redaccion, entre otros, los señores don Juan Eugenio Hartzenbusch, don Ventura de la Vega, don Patricio de la Escosura, y don José Zorrilla.

Se anuncian las obras literarias que se remitan á la redaccion, y se hace un breve análisis de las de mayor importancia.

Todo lo concerniente á la redaccion, debe dirigirse franco de porte al Director del periódico.

El Entreacto.

LITERATURA.

UN ENTREACTO DE LA GUERRA.

No me acuerdo que autor dice que no hay libro tan malo donde algo bueno no se encuentre, pero una cosa análoga sucede con las situaciones en la vida; ninguna, ó muy pocas por lo menos hay en que el bien y el mal, la risa y el llanto no anden juntos y mezclados.

Mas de una vez he tenido ocasion de observarlo, pero nunca como en la guerra, donde á vueltas de infinitas penalidades y no pocos peligros, todavia el regocijo hallaba entrada en nuestros corazones: ¿qué digo el regocijo? la literatura y sus famosas contiendas nos hacian olvidar mas de una vez el gran drama en que algunos eran actores principales y yo *parte de por medio*, en language de bastidor: *chaire á canon*, segun los militares franceses, *carne de pescuezo*, como por acá se dice.

Un dia entre otros caminé de Lerin á Lodosa el cuartel general; el cielo estaba nebuloso, desiertas las colinas que á la mano derecha ocultan á Sesma y sus alrededores; una pequeña escolta de cazadores á caballo de la guardia real era la única fuerza que nos acompañaba; y se decia que el enemigo no andaba lejos. Sin embargo, la proximidad de la faccion no es motivo de alarma en Navarra, y nosotros familiarizados con las balas las considerábamos como un percance harto frecuente para merecer la pena de ocuparse en él antes de que llegara.

Asi es que íbamos divididos en grupos que la simpatía ó la casualidad formaban: tres ó cuatro disputaban sobre la ligereza de sus caballos, poniéndola á la prueba; al-

gunos, que en lo lánguido de las miradas dejaban ver á la legua su condicion de enamorados, se comunicaban sus penas ó sus esperanzas; otros, impertérritos galanes, de aquellos que antes de apearse le han hecho su declaracion á la patrona, al subir la escalera abrazan á la criada, y al toque de llamada estan pensando ya en la patrona y en la criada del alojamiento que ocuparán por la noche; esos, digo, con estrepitosa algazara y destempladas voces pregonaban sus conquistas, burlándose de las fáciles y mas de las desdeñosas. A un lado iban algunos pocos de los políticos, comentando tal periódico de la corte que con atraso de un mes llegó á sus manos, y ya auguraban la marcha de los negocios, ya se indignaban contra el escritor que tranquilo y seguro en su gabinete decidia soberana y desatinadamente sobre las operaciones de la guerra. En el centro iba el grupo de que yo formaba parte, y de que despues hablaré, y á retaguardia dos ó tres oficiales, cuyo cabello cano revelaba que les habia cabido alguna y no pequeña parte en las glorias de la guerra de la independencia. Contemplábanos á nosotros novicios, aquellos respetables veteranos, con aire indulgente y paternal. Acaso una mirada melancólica, una amarga sonrisa dejaban ver á las claras que no participaban de nuestro buen humor; pero la resignacion reemplazaba en sus pechos la imprevision de nuestra juventud. Alguno de ellos ha dejado ya de existir... pero vuelvo á mi propósito.

Habíamos reunido el teniente coronel P., el de la misma clase R., algun otro que no recuerdo y yo: los tres amantes de la literatura, los dos poetas, yo con deseos de serlo; pero aqui se acababa la conformidad, porque R. es romántico, P. clásico á toda prueba, y yo pastelero, pues asi me gusta Calderon como Moratin.

Imposible es, decia R., que vuelva á renacer entre nosotros la severidad de las reglas clásicas.

Mas imposible, replicaba P., que tengamos una buena literatura sin respetar los preceptos de Horacio, sin imitar á los poetas clásicos.

Pero, interpuso yo, en España no ha habido nunca clasicismo, al menos en el teatro, si se exceptúa á Moratin.

Tan cierto es eso, exclamó inmediatamente R., que el autor del *Si de las Niñas* no ha tenido rivales ni siquiera imitadores felices.

¿Cómo, dijo indignado P., y Gorostiza? ¿y Breton?

Breton y Gorostiza, volví yo á interrumpir, no pueden llamarse imitadores de Moratin; uno y otro conformándose con las tres unidades, han dado en lo restante al ingenio mas libertad de la que Moratin le concedia.

Gorostiza es en sus comedias mucho mas poeta que Inarco Celenio en las suyas: Breton en mas alto grado. Trozos hay en todas las muchas obras de nuestro amigo que estarian bien al lado de las mas dulces anacréonticas ó de los mas tiernos idilios.

P. — Sin embargo Breton no es romántico.

R. — Ni clásico tampoco.

Yo. — Asi es cabalmente: Breton es Breton: original, picante, versificador fluido, poeta ingenioso, adopta las formas regulares, porque se avienen á los asuntos que elige, pero no le estorban ni le traban: sucédele con ellas lo que con las rimas, las busca difíciles para vencerlas, y lo hace sin esfuerzo.

El nombre de Breton tenia para nosotros en aquellos campos una magia inconcebible: no nos traia á la imaginacion solo un poeta, sino tambien un amigo, un compañero de juventud; y con él recordábamos momentos bien plácidos, ejercicios literarios estrepitosos á par que sin pretensiones, los sonetos con pies y asunto forzados, los diálogos en romance etc. ¡Qué dulces son esos recuerdos en campaña! Para apreciar la paz es menester haber hecho la guerra.

No se desanimaba P., y así volvió á la carga declamando contra la exageracion del romanticismo francés, al cual defendia R. con razones y ejemplos. Mi opinion repito que era entonces y es ahora, que ni el clasicismo ni el romanticismo francés se han hecho para españoles. Un romanticismo tenemos, que es el de Calderon, el de Lope, el de Moreto, que si bien en cuanto al fondo de los pensamientos pasó para siempre porque la civilizacion ha progresado de entonces acá, y con ella las ideas variaron, los sentimientos se modificaron, sin embargo en cuanto á las formas es preferible para nosotros á cualquiera otro. Las pasiones en España son vehementes, pero francas, esplicitas; atrevidas, pero nobles; y esa serie de crímenes friamente meditados, ese escepticismo cruel que en mas de una composicion transpirenaica se dejan ver, serán siempre plantas exóticas en nuestro templado clima y florido suelo.

Sobre esto discurriamos, á la cuenta alzando la voz mas de lo regular, porque los compañeros se nos fueron acercando sucesivamente y comenzaron á amenizar la conversacion con tal cual pulla á los copleros, obligándonos á dejar la trabada batalla para ponernos en defensa contra los profanos.

Ibamos así entreteniendo alegremente la pesadez del camino, cuando al llegar poco mas ó menos á la altura de Sesma, los que iban delante se pararon, y la voz robusta de uno de nuestros mas bravos compañeros clamó: "Caballeros: vista á la derecha." Obedecido fué el mandato, y vimos sobre una colinilla que distaria de nosotros como medio cuarto de legua, una pareja de cazadores de los que nos flanqueaban parada y observando con la escrupulosa é inteligente atencion que ya les es habitual á aquellos valientes, todo el terreno que

la circundaba. El resto de la guerrilla iba lentamente avanzando al mismo punto; un cazador se dirigia al gran trote sobre nosotros. No se oia una sola voz, pero los semblantes estaban tranquilos.

Antes de que el cazador llegase, un tiro nos reveló la presencia del enemigo.

«Facciosos tenemos, exclamó dirigiéndose á mí el mismo que nos hizo observar el alto de la pareja: díles una copla, E, y al mismo tiempo arrimó las espuelas al caballo, partiendo á rienda suelta hácia el fuego que ya se habia trabado.

En el momento P, R, otros varios y yo le seguimos al galope tambien; y él que jamás perdía su buen humor, no cesaba de decirnos: «Poetas, ¿qué quereis aquí? estos no entienden vuestra gerigonza.»

«Garcilaso, contestó P, cantaba pastores y mataba franceses.»

«Ercilla, añadió R, así peleaba con los indios como escribía octavas.»

«P y R, concluí yo, hacen versos dulcísimos, señor U, y siempre estan contigo en las guerrillas.»

Llegamos á la colina, vimos al enemigo, y uniéndonos con los valientes cazadores, corrimos sobre las boinas....

El entreacto se habia terminado, los actores estaban de nuevo en la escena; y aquí acabaré yo tambien esta rapsodia *belicoso-literaria*, con la cual, desempeño aunque mal mi palabra de escribir algo para un periódico digno de mejor suerte, y sobre todo, de mejores plumas que la de un soldado literato por carambola.==P. DE LA ESCOSURA.

TROPIEZOS DE UNA ESCALERA.

No hay que asustarse: la escalera de que voy á hablar no es de aquellas oscuras y laberínticas, sigilosamente buscadas á ciertas horas de la noche en Madrid, las cuales si dijieran lo que pasa por ellas, nos obligarian á taparnos los oídos, apurando todas las interjecciones de la gramática. *Las paredes oyen*, dice el refran; pero la esperiencia nos enseña que callan, y mas vale así. Por lo demás, cosa chusca seria el oír hablar á una pared, ya fuese de la alcoba de una belad, ya del gabinete de un señor ministro. Los muros de la escalera de una cárcel podrian tambien contarnos anécdotas interesantísimas. ¡Tremendos escalones son los de una cárcel! solo son mas terribles los de la vicaría.

Yo habito en un cuarto tercero de una casa nueva: tengo por consiguiente una habitacion, reducida (porque yo soy huesped) á una pieza sola, no muy larga, á la verdad, pero si muy angosta. Cabe en ella, sin embargo, una cama allá en el fondo, y desde las cortinas que la rodean hasta el balcon hay, primeró un aguamanil, y luego un armario, y despues una mesita para escribir, y en el lienzo de enfrente cuatro sillas y un cofre. Cuando me vienen á ver hasta seis amigos, casi podemos estar sentados. Ya ven mis lectores que tengo una vivienda por el estilo de la de Sócrates, y eso que yo no puedo compararme con Sócrates sino en lo feo. Me parece, con todo, que mi patrona es mas fea que yo. Una bendita de Dios aparte de esto; muger tan mortificada y penitente, que lo mas del año me trae penitenciado á mí, sin pensar en tal cosa. Cuando no se olvida de echar en la olla el chorizo, me suprime los postres: su memoria es tan infeliz que no se acuerda de coger los puntos de mis calcetas, y tal vez equivoca el dia 21 con el último del mes. A pesar de todo, yo no pienso en mudar de posada: algo será ello.

Suenan tres golpecitos suaves en la pared donde apoya

la cabecera de mi cama, pared que es la medianería entre mi casa y la del vecino: contesto inmediatamente y corro al balcon; el balcon es lo que yo pago á mi huésped. Por pronto que me asomé ya se halla en el balcon inmediato una linda jóven que me dice: estamos solas y vamos á salir; si pasa V. á casa puede que mamá le permita que nos acompañe.—Mercedes, niña, ven aquí, grita la mamá desde adentro, y Mercedes tiene que escapar para que no la pillen en el garlito. Doña Gregoria es una madre con toda la severidad del siglo XV, todo el saber del siglo XVIII, y toda la desconfianza del XIX: ¡vaya V. á averiguarse con la quinta esencia de tres siglos juntos! Así es que solo he podido besar á mi hermosa la mano una tarde que paseábamos en un sitio donde no parecia un alma, y fue porque habiéndose levantado una fuerte ventisca, el polvo habia cegado momentáneamente al Argos que nos vigilaba. ¡Triste sagacidad la de los mortales, cuando una ráfaga de viento se burla de ella!

Vístome apresuradamente, pero con esmero: ya he dicho que no soy nada galan, y que mi dama es muy linda. No hay que escandalizarse de que una jóven hermosa se prende de una figura de tapiz, porque las mugeres suelen por lo comun escoger lo peor, y mi adorada, entre sus muchas perfecciones tiene el defectillo de ser coja. Con las señoritas sucede lo contrario que con las composiciones poéticas; son menos *difíciles* las de pié quebrado. Bajo á brincos la escalera de mi casa, salgo á la calle, entro en el portal de Mercedes, y pongo el pié en el primer escalon al mismo tiempo que una criada sacude desde el último piso un felpudo, no removido quizá en dos meses; y la puerca me cubre en un santiamen desde el sombrero á las botas con una capa de polvo de un dedo de grueso. Juro y reniego copiosamente, pero la broza no huye de mi vestido espantada con mis juramentos; y por no dar que reír á doña Gregoria, y quizás á su amable hija, vuelvo á mi cuarto para limpiarme, y por lo pronto tengo que ponerme en camisa. Terminada la operacion, salgo nuevamente de casa, pero tomo mis precauciones antes de internarme en la fatal escalera. Ya habia subido sin tropiezo hasta el cuarto segundo, cuando un inmenso coloso de esparto, una movable columna, una torre inclinada, sostenida en los hombros de un robusto gallego, me ataja el camino. ¡Maldiga Dios á quien tan inoportunamente desestera! Resuélvome á retroceder, no pudiendo avanzar, mas ni aun esto me permite mi pícara suerte. Mientras yo calculaba si el rollo de estera me dejaria paso, otro mozo de cordel que sube con un estante me corta la retirada: cósome contra la puerta del cuarto segundo, y la puerta se abre, y caigo á la larga, besando casi las faldas de la respetable doña Casilda, que salia acelerada de su habitacion, temerosa de no hallar asiento ya en las tribunas del Congreso. Nunca dije con mas propiedad, *á los pies de V.*, á una señora; nunca lo dije tampoco de peor gana ni con mas sentimiento: habia caído en manos de la muger mas habladora que produgeron jamás padre sangrador y madre ropera.

“¿Se ha asustado V.? ¿Se ha hecho V. daño? Tome V. un vaso de agua.” Y que quieras que no, me encaja en la cocina. “Venga V. donde le dé el aire.” Y me lleva sin mas ni mas á su balcon, perpendicularmente colocado debajo del de Mercedes. “Lo mismo que á V., continúa, le sucedió á don Telesforo Quincoces el año que fue tesorero de la hermandad de san Lucas Evangelista, quince dias antes del que habiamos señalado para casarnos. Cuando digo que le sucedió lo mismo, quiero decir solamente que se dió una costalada en una escalera; pero el pobrecito don Telesforo se desnucó del golpe.—¡Mal rayo parta las escaleras! replico yo.—Amen, contesta doña Casilda: en una escalera fué tambien donde

reñimos mi Telesforo y yo la última vez. Y la buena señora me ensarta la relacion de un altercado ocurrido el año que se incendió la plaza mayor de Madrid. Cuando me refiere las razones de D. Telesforo, baja la voz misteriosamente, cuando me da cuenta de las suyas, se enagena, habla en primera persona, y todos los que la oyen se figuran que riñe conmigo. “V. es un pérfido, esclamaba como una energúmena, V. hace cocos á la vecina, y luego dice que me quiere; no piense V. que á mi me satisface con decir que se correrán el domingo las primeras amonestaciones.” Una pelotilla de papel que me da en la cabeza, me hace mirar al balcon de arriba, y de entre los hierros veo escaparse la falda de raso de mi bella coja: conozco que nos ha oido, recelo una equivocacion que puede ser fatal á mis amores; despídome de la novia del difunto cofrade de San Lucas; pero la desapiadada doña Casilda se ha aporreado de mi sombrero, y tarda en limpiarlo todo el tiempo que basta para que el golpe de la muleta de Mercedes deje de sonar en los peldaños de la escalera.

Recobro por fin el sombrero; salgo aceleradamente.... ¡Otro nuevo obstáculo! Un astroso mendigo, tuerto por mas señas, me saluda militarmente con la mano izquierda, me dice que cayó prisionero en Aragon *en la Peña de Orduña*, y me pide una limosna con un modo que da ganas de contestarle sacando del bolsillo, no una moneda, sino una pistola. Conténtole, ó creo contentarle, con una columnaria, y logro por último verme en la calle; pero ni en la calle ni en las inmediatas descubro á mi querida, su muleta parece que se ha convertido en el baston alado del correveidile de los dioses. Cabizbajo y melancólico me restituyo á mi palomar, y al desnudarme echo de ver que mi reloj y mi dinero se han ido sin mi licencia con el prisionero de la accion de Orduña, dada en los campos de Aragon.

Ardiendo vea yo tan peligrosa escalera, luego que Mercedes se mude á otra casa, y antes que deje su cuarto la habladora de doña Casilda.

J. E. HARTZENBUSCH.

CONTESTACION AL ESTUDIANTE.

Quien se precia de *imitador*, mal podrá desaprobar que V. *procure*, como dice, y *consiga*, como creo yo, imitar los buenos modelos, y aun igualarlos. Por eso añadí en mi carta que el deseo de no imitar á nadie puede hacer incurrir á un escritor en originalidades de mala especie. Por eso tambien me daria yo la enhorabuena si acertase á imitar en esta carta la vigorosa concision que luce en la de V.

¿Está la palabra *entreacto* en el suplemento al Diccionario de la Academia? Lo celebro infinito. No era en el suplemento donde yo la habia echado menos; pero al fin el suplemento es parte del diccionario.

Sostiene V. que el título de *entreacto* no es traduccion sino copia. No riñamos por eso, ya que ha omitido V. lo de *servil*, que era lo que me desagradaba. Sea copia: copiar una palabra trasladándola de un idioma á otro, ¿no es traducirla?

Cree V. que he criticado el título de su periódico: ni siquiera he pensado en tal cosa. He dicho que realmente no es título el que lleva; V. conviene conmigo diciendo que no es sino firma; luego estamos enteramente conformes.

Dice V. por fin que la palabra *entreacto* es impropia para título de un periódico, porque en España no se acostumbra leer en los intervalos de jornada á jornada. ¿Qué periódicos tiene á la mano el público para leerlos? Si no quiere V. dar á entender que es impropio todo lo que es nuevo, esta

censura no recae sobre el título sino sobre el resultado que V. figura tendrá el pensamiento de repartir el periódico en el teatro. Pero la propiedad ó impropiedad, la buena ó mala aplicacion del título de un periódico deberá juzgarse con relacion á las materias que se traten en él, con relacion á su objeto, al uso, á la direccion que hayan intentado darle sus editores. Destinando nosotros cierto número de ejemplares para que los leyesen en el teatro las personas que quisieran adquirirlos, esta voluntad, esta idea nuestra, este designio ó propósito bastaba para dar al título toda la propiedad posible, ya se leyese el periódico, ya no. *Entre acto* querrá decir muy propiamente: papel que sus redactores quisieran que se leyese en los intermedios de un acto á otro; no papel que se leerá, porque esto depende del querer ajeno, en el cual ni nosotros ni nadie manda. ¿Qué tiene que ver la probabilidad del éxito de una empresa con el distintivo bajo el cual se anuncie? Establécese por ejemplo en Madrid una compañía de diligencias, y no hay quien tome un asiento en sus carruages.—Señor esa diligencia no merece el nombre de tal, porque no se mueve.—Viagen ustedes, y ella andará.

Que los españoles no leen periódicos en los entre actos. Si los leyeran, ¿cómo se habia de titular *entre acto* el nuestro? Entonces todas las publicaciones periódicas tendrian igual derecho á llamarse de este modo. *El Estudiante* seria un entre acto como los demas; y se le aplicaria esta denominacion con mas exactitud que á una caja de habanos: el tabaco no es hoy *entre acto* sino *entretodo*. Que se fuma y se bebe en los intermedios: pues bien, esta es una tentativa como la del que introdujo la cerveza en España: el beber este licor es propio de los que se aficionan á él, como el leer es propio de los amantes de la lectura. Principio quieren las cosas: lo que no se ha usado hasta ahora quizá se llegue á usar con el tiempo; si se hiciera moda en España leer periódicos en el teatro, ¿qué perderia *el Estudiante*?

Me hubiera V. hecho una injusticia si no hubiese crei-

do sincero el dictado de *gracioso* que tan justamente dió al cuento de *Domingo Tello*. Porque aquel artículo y los demas que V. publica son graciosos y estan bien escritos, los lee y admira

EL IMITADOR.



TELÉGRAFO LITERARIO.

—TRES MUSAS.—La compañía de este teatro ha marchado á Guadalajara, á dar representaciones en el próximo verano.

—CHISMES DE BASTIDORES.—Nos han contado una aventura que no carece de gracia. Parece que en un teatro de provincia en que las faltas á los ensayos por parte de los actores eran frecuentes, dió orden el regidor encargado, de que el que faltase al día siguiente seria puesto en la carcel. Concurrió al ensayo nuestro regidor, que segun noticias no era muy lince ni entendia gran cosa de achaques teatrales, y al irse á empezar la sinfonia oyó decir al músico mayor: «Aquí falta *un bemol*.» «Pues á la carcel cuando venga» gritó el buen regidor súmamente acalorado.

—CONTRA-ANUNCIO.—Hemos leído en un periódico que el Sr. Hartzenbusch va á publicar una coleccion de comedias del antiguo teatro español, y que se ocupa en la buena correccion y pureza de lenguaje de dichas comedias. Corregir el lenguaje que usaron en sus obras nuestros dramáticos del siglo XVII seria destruirlas, y el señor Hartzenbusch se propone conservarlas: lo que hará el editor de esta coleccion de comedias, será *corregir* los yerros de las ediciones antiguas y restituir su pureza al texto.

EDITOR: D. Juan Diaz de los Rios.

TEATROS.

CRUZ.

A las ocho.

La Straniera.

Ópera en dos actos. = Poema de Romani. = Música de Bellini.

Alaide	Sra. Villó. (Doña Cristina.)
Isoletta	Sra. Lombía.
Arturo	Sr. Unanue.
Valdeburgo	Sr. Calvet.
Osburgo	Sr. Blasco.
Montolino	Sr. Lopez.
El Priore	Sr. Rodriguez Calonge.

PRÍNCIPE.

Hoy domingo 21 de abril de 1839, á las ocho de la noche:

Un Agente de policía.

Comedia en dos actos, traducida del francés por don Manuel Breton de los

Herreros. = A continuacion boleras á ocho, llamadas de la *Tirana*; terminando la funcion con la comedia en un acto titulada

La Solterona.

Actores en la primera comedia.

Teresa	Sra. Lamadrid (doña Teodora).
Miguel Perrin	Sr. Garcia Luna.
Bernard	Pló.
Julio de Crusac	Castañon.
Fouché	Lopez (don Pedro).
Besaumais	Fabiani.
Jóven 1.º	Paris.
Idem 2.º	Cobos.
Un Portero	Rodriguez.
Un gefe de mesa	Bay.
Idem	Reyes.
Un gendarme	Spuntoni.
Un oficial	Martinez.

Idem en la segunda.

D. Sebastian Cuadrado	Sr. Luna.
-----------------------	-----------

D. Claudio Gil	Fabiani.
D. Luis Cardenal	Alverá.
Doña Leonor	Sra. Lamadrid (doña Bárbara).
Luisa	Lamadrid (D.ª Teodora).

BUENAVISTA.

A las ocho.

La Conjuracion de Venecia.

Drama en cinco actos de don Francisco Martinez de la Rosa.

Laura	Sra. Mendez.
Aya	Sra. Azcona.
Rugiero	Sr. Olaso.
Mafei	Sr. Angulo.
Pedro Morosini	Sr. Fernandez.
Juan Morosini	Sr. Robello.
Embajador de Genova.	Hernandez.

MADRID: IMPRENTA DEL ENTREACTO.